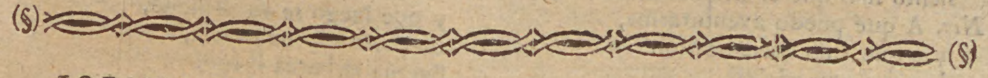
LO QUE HA DE SER.

COMEDIA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

Leonardo.
Nise.
Perol.
Casandra.
Alexandro.
*** Celio.
*** Albano.
*** Teodoro.
*** Músicos.
*** Severo.
*** Cintia.
*** Alcalde, *villano.*
*** El Rey.
*** Un Pintor.
*** Criados.



JORNADA PRIMERA.

Salen Leonardo y Nise Labradores.

Leo. Favorecido de tí,
Nise, qué puedo envidiar?
Nis. Lisonjas no han de faltar.
Leo. Por qué me tratas así?
Nis. No hay cosa que pueda en mí
solicitar voluntad,
como tratarme verdad.
Leo. Pues en qué te han engañado,
lengua y ojos que te han dado
el alma, y la voluntad?
Ellos, señora, te miran
con el respeto que deben,
pues quando á verte se atreven,
como del sol se retiran,
sus niñas dentro suspiran
por las de tus ojos bellos,
que tienen su vida en ellos.
Quien vió suspirar los ojos,
pues para no darte enojos,
suspira el alma por ellos?
la lengua qué te ha ofendido,
si con tanta honestidad,
como el velo á la verdad
da un corazon tan rendido?
á la fe que de tu olvido
nace tu desconfianza,
mas poco daño me alcanza,
pues siendo ingrata á mi fé,
por lo ménos viviré
seguro de tu mudanza.
Nis. Quien te ve, Leonardo, hablar,
tan preciado de discreto,
y de uno, y de otro conceto,
discurrir para engañar;
pues no pienses que has de dar
exemplo á trágico amor,
yo confieso tu valor,
y que me inclino á escucharte,
pero no para fiarte
esperanzas de favor:
vete con Dios á la aldea,
que aquí orillas de la mar,
quiero algun coral buscar,
que me entretiene y recrea:
entre conchas de librea,
algun ramo suele haber,

que me causa mas placer,
que oir mentiras de amantes,
mas que su espuma inconstantes,
para menguar y crecer.

Leo. Buscar coral, Nise hermosa,
en mar de perlas mejores,
con mas ardientes colores,
que tiene al alba la rosa,
pudiera tu codiciosa
mano mas cerca de tí;
y perdóname si fuí
necio en darte este consejo,
si le sabes de tu espejo,
por no escucharle de mí,
rigorosa fué mi estrella
en rendirme á su rigor.

Nis. Yo estimo en mucho tu amor,
no hay porque te quejes de ella.

Leo. No creerme, Nise bella,
siento mas que el despreciarme.

Nis. A qué puedo aventurarme,
mas que á no darte ocasion
de zelos con aficion,
á que otro puede obligarme?

Dentro. 1. Qué miserable desdicha!
2. Aorza, vira, amura, amayna.
3. Arriba que nos perdemos.
4. Ten zaborda, furia estraña!

Leo. Gritos dan, algun navío
corre tormenta. *Nis.* En la playa
lo mostraban los delfines,
dando vueltas en el agua.

Leo. Qué voces tan tristes, Nise!

Nis. Es teatro de desgracias
el mar.

1. Acosta de presto,
la barca, acosta la barca,
sálvese la Infanta en ella.
2. Y quién ha de ir con la Infanta?
3. Yo he de ir. 2. No sino yo.
1 Baxa en tanto que se matan.

Nis. Fiero rigor de las ondas,
merecido de quien anda,
contra su naturaleza,
fuera de su dulce patria
sobre una tabla. *Leo.* Bien dices,
pero dónde fabricaran
mayor invencion los hombres,
para ver tierras estrañas?
no fuera comun el mundo,
si aquel primer argonauta,
no hubiera dado á las ondas
ciudades de lienzo y tablas.

Sale Perol villano.

Per. Mala bestia, mar furioso,
que si Dios no te enfrenara
te hubieras tragado el mundo,
qué tienes que nunca paras?

Leo. Qué es esto, hermano Perol?

Per. Que en turbulenta borrasca
se tragó el mar una nave
desde la quilla á la gavia;
yo estaba sobre una peña
que los golpes de las aguas
sufre como la porfia
de un necio el que sabe y calla,
quando veo por los bordes
baxar un bulto á una barca,
y que luego se va á pique,
sin perdonar una tabla,
fluctúa la barca luego,
porque del mar la inconstancia
ya la sepulta en las ondas,
ya por las nubes la ensalza,
pero de un viento impelida,
la rota barca en la playa,
dió con ella donde queda
cubierta de espuma y algas.

Leo. Pues, bestia, no fuera bien,
que á ver lo que era llegaras
el bulto que estaba en ella?

Per. Adonde no me va nada,
nunca me meto en peligro.

Leo. Bella Nise, aqui me aguarda,
que el valiente corazon,
que me anima y acompaña,
favorecer me aconseja
á quien desde allí me llama.

Nis. Y yo, Leonardo, te ruego,
que á ver lo que fuere vayas, *vase.*
y si es hombre le ayudes,
y si es hacienda la traigas,
que suelen grandes riquezas
en fortunas tan estrañas
ser despojo de las ondas:
qué hay, Perol, de nuestras vacas?

Per. Bien dices, trate el pastor
de sus ovejas y cabras,
el mercader de su hacienda,
y el soldado de sus armas,
no han sido malas las crias,
toda tu hacienda se guarda,
para que su dueño seas;
dime por qué no te casas?
Leonardo no es mayoral,
y el mejor de estas montañas,
no es el mas noble, el mas rico,
y el mas discreto? qué aguardas?
Nis. Todo lo conozco, y veo,
y aunque Leonardo me agrada,
no de suerte que me obligue,
á darle esas esperanzas.
Saca Leonardo en brazos á Casandra.
Leo. Animo, señora mia.
Cas. No os espanteis si me falta
valor en esta ocasion,
que aunque le tengo en el alma,
he visto el rostro á la muerte.
Leo. Llega, Nise, llega, y habla
á esta principal señora,
que era el bulto de la barca.
Nis. Admirada del suceso
apenas me atrevo á hablarla:
ah señora!
Cas. Qué consuelo!
Per. Ella es persona de chapa:
qué lindo vestido y joyas!
Nis. No es mucho si la desmaya
el peligro en que se ha visto:
de aqueste monte en la falda
está mi casa aunque pobre,
allá podremos llevarla.
Leo. No, Nise bella, perdona;
yo la libré, y á mi casa
tengo de llevarla agora,
que quiero alli regalarla.
Nis. Harasme un grande disgusto.
Leo. Yo á tí, Nise, por qué causa?
Nis. No basta que yo lo diga?
Leo. Bastó; pero ya no basta.
Cas. Quién sois, amigos?
Leo. Señora,
pastores de estas montañas.
Cas. Y esta tierra?
Leo. Alexandria,
vuestra historia será larga,
descansad que tiempo os queda,
para que podais contarla,
gran fortuna habeis corrido.
Cas. No pudo ser mas ayrada,
si bien pues que tengo vida,
no quiero en todo culparla.
Leo. Vamos, cerca está la aldea;
has visto mas bella dama,
Nise, que aquesta señora?
qué nombre teneis?
Cas. Casandra. *llévala.*
Nis. Qué te parece, Perol?
qual la lleva, y qual la alaba!
Per. Pésate de esto?
Nis. En extremo.
Per. No eras tú quien despreciaba
á Leonardo?
Nis. Poco entiendes,
pues esta treta no alcanzas,
de condicion de mugeres.
Per. Qué quieres decir?
Nis. Que aman
con zelos, y aborrecidas,
y que aborrecen amadas. *vase.*
Per. Eso pasa? desde hoy,
doy zelos á quantas andan
en el valle, y aborrezco
quantas me miran y hablan:
no sé para qué dixéron,
que amor con amor se paga,
que donde zelos no soplan,
nunca amor alza la llama. *vase.*
Salen el Príncipe Alexandro, Músicos, Celio, Albano, Teodoro y criados.
Ale. Ya falta entretenimiento,
como dura mi prision.
Cel. Siéntate, y esta cancion
escucha. *Ale.* No hay sufrimiento.
Cantan.
Estaba Alexandro Magno,
fundador de esta Ciudad.
Ale. No prosigais mas, dexad
la música: dime, Albano,
qué hay de nuevo?
Alb. Tantas cosas,
que no sabré referillas.

Ale. Hay tanto tiempo de oillas,
que por largas y enfadosas,
no les faltará lugar:
qué es lo que quiere de mí
el Rey? para qué nací,
si aquí me quiere enterrar?
tantos años como tengo,
preso en aqueste Castillo,
por Dios que me maravillo,
como la vida entretengo:
qué hice en naciendo yo?
qué intenté sin lengua y manos?
decid, dioses soberanos,
qué inocencia os ofendió?
Cel. Señor, dexa de pensar
en cosas de tanta pena,
lo que Júpiter ordena,
cómo se puede escusar?
tras tantos años agora
tienes tanto sentimiento?
Ale. El verme tan hombre siento,
y siento que el Rey me adora:
y que tras eso me tiene
encerrado donde estoy,
soy algun aspid? qué soy,
qué imagina, qué previene?
Téngole yo de quitar
el Reyno?
Alb. Si de esa suerte
te afliges, tendrá la muerte
en tu verde edad lugar.
Ale. Pues qué haré en toda esta tarde?
Teo. Recitar algunos versos
cultos, castigados, tersos,
aunque el nombre me acobarde,
pues tú los haces tambien.
Ale. Diga Albano,
Alb. Yo, señor?
Cel. Sin prólogo y sin temor
pide que aplauso te den.
Alb. Oid los tres un soneto.
Ale. Di primero la ocasion,
que sin esta prevencion,
se entiende mal el conceto.
Alb. Puesto el brazo en un bufete,
de una bugía en la llama,
se quemó el puño una dama.
Ale. Secreto fuego promete,
mereciase quemar
la mano.
Alb. El puño bastó.
Ale. Fue la causa zelos?
Alb. No.
Ale. Yo la dexara abrasar.
Alb. Cándida y no pintada mariposa
al fuego se acercó, sin ver el fuego,
pero sin ser su centro el mismo luego
quiso templarse en nieve tan hermosa.
No es esa, no, tu esfera luminosa,
dixo el amor que entonces era juego;
que yo soy rayo, y tiemblo quando llego
á nieve de mi fuego victoriosa.
Sordo á su envidia; quanto mas ardiente
el muro de la nieve fue pasando,
puso á una mano de sí misma ausente;
el fuego está riendo, amor llorando,
crece la llama, y Silvia no la siente,
quién fuera lo que estaba imaginando!
Ale. Tú lo dixiste muy bien,
y no poco te has quemado,
de que ella se haya dexado
quemar el puño tambien.
Alb. Diga Celio.
Cel. A Laura ví,
agradeció mis desvelos,
y dándome muchos zelos,
finge tenerlos de mí.
Ale. Da zelos, y está zelosa?
mucho sabe esa muger.
Cel. Con esto la dí á entender
lo que no pudiera en prosa:
Laura, quién son aquellos embozados
al mismo niño amor tan parecidos,
que no se fueron por andar vestidos,
y quieren encubrirse declarados?
Aquellos envidiosos desvelados,
con lo que mas adoran mas fingidos,
que quieren de sospechas ofendidos,
siendo traydores, presumir de honrados?
Aquellas sombras que despiertan sueños,
y aquel sueño de amor con los desvelos
de ardientes llamas, y accidentes frios?
Estas del miedo, y de la envidia señas,
quién duda que dirás que son tus zelos?
pues, Laura, no lo son, que son los mios

Ale. Gracioso epigrama.
Cel. A tí,
todo te agrada, señor,
que tu ingenio, y tu valor
muestran su grandeza asi.
Escriben que Ciceron,
oyendo al representante
Galo, que en Roma triunfante
tuvo excelente opinion,
vió silvar, y murmurar,
y que comenzó á decir,
mancebos, el escribir,
es ingenio, y no el silvar,
y esto al hombre se prohibe,
porque en diferencia igual
silva qualquier animal,
pero solo el hombre escribe.
Ale. Celio, no es mi condicion
tan dulce: si no me agrada,
no alabo.
Cel. Está confirmada
de exemplos tu discrecion.
Teo. El Rey aquí te ha enviado
un maestro de armas tal,
que no ha permitido igual.
Ale. Nuevas de ese hombre me han dado,
y me dicen que es un Marte.
Cel. Brava opinion ha tenido.
Teo. Un Filósofo ha venido,
con ánimo de enseñarte,
que se burla de Platon.
Ale. Pues no le dexeis entrar,
que aqui no se da lugar
á los que soberbios son.
No quiero nada con él;
que hombre que se alaba así,
qué puede enseñarme á mí,
sino ser necio con él?
si mi padre me dexára
ver el mundo, yo supiera,
y mas de verle aprendiera,
que Sócrates me enseñára.
Quien no ve del mundo mas
que este castillo en que estoy
donde si dos pasos doy,
es fuerza que vuelva atrás,
qué puede saber, Albano?
Alb. Triste estás.
Ale. Venid conmigo.
Alb. Un pensamiento enemigo
mata con la propia mano.
Ale. Hoy al Rey significad
mi cuidado y sentimiento,
que no he de tener contento,
hasta tener libertad. *Vanse.*

Sale Leonardo.

Leo. Antiguo amor ya pasado,
parece que estais corrido,
de veros puesto en olvido,
por otro nuevo cuidado.
Mas si fuisteis despreciado,
como de Nise lo fuisteis,
mucha disculpa tuvisteis,
que en amar con tal desprecio,
no digo que fuisteis necio,
mas mucho lo parecisteis.
Vino Casandra, que ya
se llama Laura en la aldea,
por bien, pensamiento, sea,
que pienso que sí será,
ya que en vuestro trage está,
justamente la quereis,
y á Nise olvidado habeis,
que aunque amado no seais,
por lo ménos me vengais
del agravio que sabeis.
No os parezca libiandad
haber tan presto olvidado,
que donde Laura ha llegado,
nadie tiene libertad.
Estaba en mi voluntad
Nise, mas Laura llegó,
y que saliese mandó,
pues si Nise, porque entraba
Laura, el lugar le dexaba,
qué culpa le tuve yo?
Viva Laura, y viva en mí,
que aunque me atrevo villano
á un Angel tan soberano,
justamente me perdí.
Y si aborrecido fuí
de Nise, con tal rigor,
querer á Laura es mejor,
aunque sea aborrecido,
pues olvido, por olvido,
tiene Laura mas valor.

Sale Casandra de labradora.

Cas. Sin admitir esperanza
de volver á ser quien soy,
en tan nuevo trage estoy
contenta de la mudanza.
Que todo estado es mudanza,
á quien salió de fortuna
tan áspera, y importuna,
que donde la vida queda,
no tiene accion en que pueda
decir que pasó ninguna.
Salí del mar proceloso
á la tierra que me veo,
donde ha hallado mi deseo
puesto, aunque humilde, amoroso.
Un labrador generoso
me aposenta en su lugar,
su trage vengo á tomar,
tiempo, no hay mas que decír,
mas quien no sabe subir,
no se espante de baxar.
Su entendimiento me agrada,
y me causa admiracion,
ver tan noble condicion,
en tan rústica posada,
no pobre y mal adornada,
que algun rico en la Ciudad
no tiene su autoridad:
hay libros y armas, que es cosa
que me tienen sospechosa
de mas alta calidad:
con esto en mi pensamiento
se va entrando su valor,
no digo que tengo amor,
mas tengo agradecimiento,
bien que voy entrando á tiento;
que no me atrevo á fiar
de quien me puede engañar,
que pensando agradecer,
puedo llegar á querer,
y no es disculpa pensar.

Leo. Laura bella, pues asi
quieres que te llamen ya,
dónde bueno?

Cas. Donde va
mi pensamiento sin mí,
mirando el mar desde aquí
el pensamiento entretengo,
y á perder el temor vengo,
que tuve en tanto rigor,
si bien, aun tengo temor,
con saber que no le tengo.

Leo. Antes pienso que en sosiego
está despues que te vió,
puesto que te codició
para su Sirena luego,
que tú en esferas de fue go
le pudieras transformar,
á lo ménos con llegar,
le dexas resplandeciend o,
como Sol que amaneciendo,
se extiende por todo el mar.
Yo, Laura, sé bien quien eres,
y te respeto, y te adoro,
esto con aquel decoro,
que de quien soy te difieres:
jamás de Leonardo esperes,
mas que aquesta cortesia,
y pues no puedes ser mia,
déxame solo quererte,
porque no puede ofenderte,
quien te adora y desconfia.

Cas. Leonardo, estoy admirada
de tu mucha discrecion,
tengo una justa aficion,
á que me siento obligada,
soy quien soy, de ser amada
no le ha pesado á muger,
lo que te puedo querer,
conforme á mi calidad,
te ofrece mi voluntad,
que es lo que mas puede ser.

Leo. Pues quién eres?

Cas. No me pidas
que te diga mas de mí.

Leo. Pues miéntras vives aquí
con prendas desconocidas,
que te quiera, no me impidas,
y miéntras no sé quien eres
te querré, aunque no me quieres,
pues te igualo, aunque me ves
tan rústico, que despues
te querré por lo que fueres.

Cas. Bien dices, quiéreme á mí,
haz cuenta que soy tu igual,
que no procediendo mal,

no puede pesarme á mi:
pero no sabrás quien fuí,
porque entonces puede ser
no quererme, por tener
respeto á mi ser primero,
por ser tan grande, y no quiero
que me dexes de querer.

Salen un Capitan y un tambor.

Cap. Echad ese vando aqui,
pues ya entramos en la aldea.
Tamb. Si aquí mandais, aquí sea.
Cap. Pues comienza.
Tamb. Digo ansi.

Su Magestad el Rey de Alexandria ofrece á qualquiera persona que matáre algun leon doscientos escudos, si fuere de humilde calidad, y si la tuviere hacerle merced del oficio que pidiere. Mándase pregonar, porque venga á noticia de todos.

Tocan y vanse.

Cas. Extraño pregon.
Leo. Aqui
todos los años se da.
Cas. Pues dime al Rey qué le va
en que persigan ansí
al Rey de los animales,
siendo Rey?
Leo. Las ocasiones
de aborrecer los leones,
son á su cuidado iguales.
Cas. Es por los ganados?
Leo. No.
Cas. Pues por qué ocasion?
Leo. Escucha,
verás que la causa es mucha,
que á su temor le obligó.
Ramiro, augusto Rey de Alexandria,
tuvo un hijo, del Reyno deseado,
en Natalia su esposa, á quien tenia
amor, de ningun hombre imaginado.
Quiso saber de Anaximandro un dia,
astrólogo de Persia celebrado,
los sucesos del Príncipe en tal punto,
que estaba el Cielo en sus desdichas junto.
Pronosticóle el sábio que tendria,
hasta los años veinte y nueve, ó treinta,
peligro de matarle un leon, el dia
que llegase á mirar su faz sangrienta.
Con esta temerosa astrología,
el afligido Rey Ramiro intenta,
para guardar al Príncipe Alexandro,
asir al mismo Apolo Anaximandro.
Fabríca pues un ínclito Palacio,
le cerca en torno de tan alto muro,
que se admiraba el celestial topacio,
de verle acometer su cristal puro.
Lo que contiene su labrado espacio,
no como en Creta el laberinto escuro,
sino claro y espléndido, es sugeto,
digno de verlo de un varon perfeto.
Hay un bosque famoso, que acompaña
con dulces aguas un pequeño rio,
que se truxo á pesar de una montaña,
hijo engendrado de su centro frio.
Jardines son las márgenes que baña,
donde su pie jamás puso el estío,
y engañan por las aguas fugitivas
ninfas de perlas, que parecen vivas.
Corre la yerba el siempre temeroso
conejo, que no ha dado el Rey licencia
para animal mayor, asi zeloso
respeta de los cielos la inclemencia,
aves que son del elemento undoso,
lascivas por el agua en competencia
pescan los peces, y el anzuelo á veces,
picando el cebo los convierte en peces.
Las salas, las riquezas, las pinturas,
exceden todo humano pensamiento,
las fiestas, bayles, danzas y hermosuras
fuera alabarlas mucho atrevimiento.
Y en medio de estas glorias y venturas,
dicen que no está el Príncipe contento,
que á un hombre preso, es diligencia vana,
buscarle gusto en la riqueza humana.
Cas. Pues cómo se dió á entender
el Rey que verdad seria
esa vana astrología?
Leo. Porque es forzoso temer,
ó Laura, teniendo amor.
Cas. Que un leon ha de matalle!
Leo. Eso le obliga á encerralle,
con tan extraño temor.
Cas. Y tanto tiempo ha de estar?
Leo. Ya tiene lo mas cumplido.

Salen Cintia y Nise, labradoras.

Cin. Esto tiene prevenido,
para servirle, el lugar.
Nis. Aqui está Laura, y está
la que me mata de zelos.
Cint. Guárdente, Laura, los Cielos.
Cas. O Cintia, qué hay por alla?
Cin. Ya hablas como en la aldea.
Cas. Pues ya qué tengo de ser?
Cin. Lo que hay de nuevo es hacer,
y plega á Dios que lo sea,
una fiesta y regocijo,
las mozas de este lugar,
al Príncipe.
Cas. Su pesar
Leonardo agora me dixo,
que la causa no sabia.
Cin. Guárdanle en esa prision,
porque dicen que un Leon
le ha de dar la muerte un dia,
bravo bayle se ha trazado,
todo lo ha compuesto Gil.
Cas. Es Poeta?
Cin. Y tan sutil,
que anda solo por el prado.
Damon le vió el otro dia,
hacer gestos componiendo.
Cas. Bueno á fé.
Cin. Yo no lo entiendo,
ó es ciencia, ó es fantasía.
Cas. Estoy por acompañaros.
Cin. Ojalá que tú quisieras,
y á nuestro pariente vieras.
Cas. Son sus rezelos tan raros,
que Leonardo dice del,
que me ha puesto en gran deseo.
Leo. Ay Laura, y como lo creo!
verás lo que temo en él,
no vayas por vida mia.
Nise. Por qué la estorvas que vaya?
Siempre ha de ser de esta playa
ninfa ó sirena valdia?
ve Laura, que para tí
son palacios que no aldeas,
bien ès que al Príncipe veas,
y no villanos aqui.
No habrá tenido en su vida
mas contento que tendrás.
Leo. Ese consejo le das?
no, Laura, si eres servida,
que allá qué puedes ganar,
y mas si saben quien eres?
Cas. Ignoras que á las mugeres
no se les puede quitar
aquesto que llaman ver?
Leo. Haz tu gusto.
Nis. Muy bien hace,
la muger para eso nace.
Leo. Tú no debieras nacer.
Nis. Vamos, Laura, que hay allá
cosas dignas de tu gusto,
creeme á mi, que no es justo
que le busques por acá:
vamos, vamos.
Cas. Ven, Leonardo,
y verás al Rey tambien.
Leo. No veré yo ningun bien,
donde tanto mal aguardo.
Cin. Qué placer han de tener
las mozas, si vas con ellas!
Cas. Tambien voy, Cintia, por vellas.
Nis. No he tenido mas placer,
que haberte dado pesar.
Leo. Nise, en qué te ofendí yo?
tú no me aborreces?
Nis. No.
Leo. Pues yo me sabré vengar.
Vanse.

Salen Alexandro, y Severo su ayo.

Sev. El haberte entretenido
agradezco á aquellas Damas.
Alex. Las fiestas de la Ciudad,
de muy buenas no me agradan.
Sev. Todos desean servirte,
todos de agradarte tratan.
Alex. Asi lo creo, Severo,
y el Rey mi señor lo manda,
pero entre tantos contentos,
fiestas, Comedias y galas,
no hallo para mi gusto
la libertad que me falta.
Sale coronado el Sol
de su diadema dorada,
saca las fingidas perlas,
que dió á las flores el Alva;
y despreciando su cueba,

por las ásperas montañas,
el mas feróz animal,
libre corre, alegre caza.
Hasta el mas pobre pastor
desampara su cabaña,
y á su gusto y alvedrio
lleva sus traviesas cabras.
No hay hombre en Ciudad ó Aldea
que á su exercicio no salga,
los unos van á sus pleytos,
los otros á sus labranzas.
Y yo no salgo de aquí,
aquí me halla la mañana,
y aquí me busca la noche:
triste estado, pena estraña!
para qué he nacido Rey?

Sev. Señor, ya tu padre trata
de que salgas de este fuerte,
que el Reyno tambien se cansa
de verte en tanta tristeza,
y por mi vida, que hagas,
si te ha obligado mi vida,
en la fé de tu crianza,
fuerza á tu gusto y deseo,
y que estas Damas gallardas
te vuelvan á entretener.

Alex. No, Severo, traygan armas,
pero dexenlas agora,
y dadme un libro.

Sev. Si acabas
la Iliada, podrás leer
la Ulisea.

Alex. Ya me enfadan
tantos trabajos de Ulises:
dame las fortunas varias
de Teagenes.

Sale Celio.

Celio. Señor,
el Aldea de Floralva
viene á entretenerte un rato
con una rústica danza,
si le das licencia.

Alex. Entre,
que como á veces agrada
mas una márgen de un rio
rústicamente esmaltada,
que un cultivado jardin,
asi las cosas que traza
la humilde capacidad
de gente inocente y llana.

Salen un Alcalde villano, Músicos, y Perol, Nise, Casandra, Cintia, villanos, y Leonardo.

Alcal. Turbado estoy.

Perol. No tembleis.

Alcal. Tengo de arrimar la vara?

Per. Claro está.

Alcal. Tenedla vos.

Perol. Yo no la quiero, arrimadla.

Alcalde. Señor.

Alex. Qué decís, buen hombre?

Alcal. Perol. *Per.* Qué?

Alcal. Los Reyes hablan?

Per. Pues qué pensastes?

Alcal. Pensé,
como su grandeza es tanta,
que otros hablaban por ellos:
señor.

Alex. Qué bella Aldeana,
Severo, la del rebozo!
dí que descubra la cara.

Sev. Serrana, quitaos el velo.

Cas. Quién lo manda?

Alex. Yo, serrana.

Las 2. Obedezco.

Alex. Gentil moza!

Cas. Burla su mercé.

Alex. Burlára
de mí mismo: un Angel sois.

Sev. No has dicho tales palabras,
señor, á muger ninguna.

Alex. Es la villana estremada:
llegaos mas, llegaos á mí.

Cas. Que me llegue?

Leo. La desgracia
que temí, me ha sucedido.

Per. Qué te ha sucedido? calla.

Leo. Si apénas la vió Alexandro,
quando como ves la alaba,
si están hablando los dos,
Perol, no es cierto que el alma
le ha dicho quién es?

Per. No digas
disparates.

Leo. Mucho hablan:
quién oyera lo que dicen!

Per. Preguntarála, si guarda
cabras, ovejas, y donde
tiene su campo y labranza,
si hay berros en sus arroyos,
si vende pan, si le amasa,
si hay tomillos en sus vegas,
si están en cierne sus parras,
si hay en su trigo amapolas,
si hay hormigas en las parvas,
si hay mastranzos en su soto,
si hay en su huerta borrajas,
peregil, y yerba buena,
y otras cosas de esta traza,
que como está aquí no sabe
lo que por el mundo pasa.
Leo. Yo, Perol, me estoy muriendo.
Alex. En fin, que no sois casada?
Cas. No señor, mas cerca estuve:
allá por cierta borrasca
se deshizo el casamiento.
Alex. Cómo es vuestro nombre?
Cas. Laura.
Alex. Por Júpiter, Laura bella,
que el talle, el rostro, y la gracia,
no parecen parto humilde
de tan ásperas montañas.
Leo. Alcalde, decid que baylen.
Alcal. Señor.
Leo. Llegad, y llamadla.
Alcal. Señor.
Alex. Qué quereis?
Alcal. Los mozos...
Alex. Qué buena prosa!
Sev. Extremada!
Alex. Cómo os llamais?
Alcalde. Yo, señor?
Alex. Vos pues?
Alcal. Yo, señor, Juan Rana.
Alex. Pues decid que baylen.
Alcalde. Ola,
dice el Rey que baylen.
Nis. Vaya.

Canten y baylen.

Cant. Saltó la niña en cabello,
á coger flores de azar,
y ella y el aurora á un tiempo
mirando las flores van.
Siguiéndola viene amor,
que trás de un verde arrayan,
contemplando su hermosura,
codició su libertad.
En el nacar de una rosa,
iba á poner su cristal,
quando viéndola amor, dixo,
para enamorarla mas.
Ofendidos me tienen tus ojos bellos,
pues me ponen la culpa que tienen ellos:
toma el arco la niña, que yo no quiero
ser amor, pues que matas á amor con (ellos.
Alex. Hay gracia, Severo amigo,
como la de esta aldeana?
Sev. Tiene razon vuestra Alteza.
Leo. Otra vez por él la alaba.
Per. Y qué importa que la alabe?
Leo. No sabes que la alabanza
nace de amor?
Per. A lo ménos
nacen tus zelos sin causa.
Alex. Dar quiero joyas á todas,
entrad, entrad.
Sev. Ea, serranas,
nadie ha podido en el mundo
alegrar tristeza tanta
sino es vosotras, entrad.
Cin. Vamos, Nise.
Nis. Cintia, hermana,
Alexandro, ó yo me engaño,
pone los ojos en Laura.
Cin. Pues qué? mejor para tí.
Nis. Bien dices, si en ella para;
Dios nos saque de Palacio
con bien.
Cin. Gente cortesana
siempre es discreta y cortés.

Entranse ellas.

Per. Entrad, Alcalde Juan Rana,
y os darán á vos tambien.
Alcal. Pareceos que tengo cara
para darme alguna cosa.
Per. Pues no? sois como unas natas.
Alcal. Yo entro, á Dios y á ventura.

Vase.

Leo Mi vida, Perol, se acaba,
qué presto se concertaron
las voluntades! *Per.* Repara,

en que dices desatinos.
Leo. Como era señora Laura,
digo Casandra, qué presto
volvió á ser Laura Casandra!
qué contenta estará agora!
cómo en su esfera dorada,
irá el sol de su hermosura,
por esas vestidas salas,
de tantas tapicerias!
Per. Fuera de su centro estaba,
no es mucho que esté en su centro
entre joyas, oro y plata.
Leo. Cegaran antes mis ojos,
que vieran en confianza
de haberle dado la vida
su hermosura soberana:
vamos, Perol, á la aldea,
antes que el Príncipe salga,
que temo mi atrevimiento.
Per. Mira quien eres, y calla,
y no tengas, que es error,
con poderosos palabras,
que el viento derriba encinas,
y perdona humildes cañas.
Leo. Llévame presto de aquí:
ay Laura, ay loca esperanza!
Per. Las joyas me dan envidia,
que no los zelos de Laura.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Rey, el Príncipe y Severo.

Rey. Tanta tristeza en tí de pocos dias,
Alexandro, á esta parte? estraña cosa!
Alex. Con ellos crecen las desdichas mias:
qué causa me preguntas mas forzosa?
Rey. De mi justa obediencia te desvias
tan alabada en tí por milagrosa:
algo te han dicho, porque de otro modo,
blason fué tuyo obedecerme en todo.
Alex. Ya sé la causa porque aquí me tienes
en injusta prision tan largos años,
que cada instante de sus horas vienes
á entretener tu vida en mis engaños.
Y ya de tal manera la entretienes,
que por librarte de pensar mis daños,
mi desesperacion hará que pida
á la muerte remedio de mi vida.
Por dicha quiero yo salir al monte,
donde pueda matarme alguna fiera
de las que mira el sol en orizonte,
como si Venus tú, y yo Adonis fuera.
Quiero ya que la caza me remonte
por su crespa cervíz, que en la ribera
del mar se empina á la mas alta nube,
que por escalas de peñascos sube.
Quiero no mas de ver en compañía
del mas leal que tu crianza crea,
quatro arbolillos, y una fuente fria,
que hacen adorno a una pequeña aldea.
Es mucho que me des licencia un dia,
para que á quatro labradores vea?
qué Cortes pido yo, ni que Ciudades,
donde andan rebozadas las verdades?
En qué nave solícita me embarco,
por el rigor de la salada espuma?
qué Cesar soy de Amidas en el barco,
quando mi engaño tu valor presuma?
A quién voy á vencer? qué flecha de arco,
dió el yerro al blanco, y retiró la pluma?
mas bien será que el de la muerte sea,
pues no me dexan ver tan pobre aldea.
Vase.
Rey. Qué es aquesto, Severo? cómo llega
Alexandro á tan loco desvario?
qué aldea es esta contra el gusto mio?
no sabe que no puedo
darle licencia para tanto daño?
Sev. Señor, de que es Ciudad te desengaño,
aquí vive una bella labradora,
que con ménos clavel sale la aurora,
y para verla lo que dice intenta.
Rey. Esa aficion su entendimiento afrenta,
no hay damas en la Corte, no hay señoras?
Sev. La bendicion, señor, del gusto ignoras:
tal vez agrada lo que no merece
ser por amor amado, y se aborrece
lo que de amar es digno, no he podido
en tanto amor un átomo de olvido
poner por mas que persuadirle intento.
Rey. Un hombre de tan claro entendimiento

no habla de aplicar á lo que es juso,
la inclinacion, y el gusto, y agradarse
de damas
que en el yelo mayor encienden llamas?
sin duda es invencion la labradora,
para poder salir hasta la aldea:
salir, Severo, y aun huir desea,
pues esa blanca aurora,
vestida de claveles y jazmines,
vengale á ver, Severo, no imagines,
que ha de salir de aquí.

Sev. Triste le veo.

Rey. Pues sufra y viva, que su bien deseo. *Vanse.*

Salen Leonardo y Perol.

Leo. Qué me dices?

Per. Que ha venido
Laura.

Leo. Laura?

Per. Laura hermosa,
no hay mas incrédula cosa,
que un pecho al amor rendido,
y por vida de Perol,
no porque lisonja sea,
que parece que en la aldea
faltaba hasta agora el sol.
Si crédito no me das,
pregunta al prado, á las flores,
si vieron tales olores
en sus pimpollos jamás.

Leo. O qué bien se echa de ver!
todo se alienta, y restaura:
cómo viene?

Per. Como Laura,
que no hay mas que encarecer.

Leo. No lo hubiera dicho yo!
ó qué envidia te he tenido!

Per. Soy sabio, soy entendido,
aunque venturoso no.

Leo. En fin, Laura vino ya
del peligro del palacio.

Per. Peligro en tan breve espacio?
segura en sí misma está,
pues que de él Laura ha venido
sin palabra descortés.

Salen Casandra y Cintia.

Leo. Plegue á Dios; mas esta es.

Cas. Dicen que estaba ofendido,
y no ha tenido razon.

Cin. Amor, Laura, todo es zelos.

Cas. Guarden tu vida los cielos.

Leo. Si harán, que tus ojos son:
ya te aguardaban los campos,
bosques, árboles, y fuentes,
bellísima labradora,
que de los palacios vienes.
Por tus ojos que no he visto
el sol en el Cielo alegre,
despues que con tu partida,
diste mi vida á la muerte.
En los fines del estío,
todo se alegra y florece,
por tí presumen los campos,
que la primavera vuelve.
No hay prado, bosque ni selva,
que no se vista de verde,
y sola está mi esperanza,
tan desnuda como siempre.
Envidia tengo á los prados,
que pisados reverdecen
de esos pies á donde amor
tantas libertades tiene.
No hay flor que á tomar olores
no salga, aunque al tiempo pese,
las clavellinas por grana,
las azucenas por nieve.
Yo solo en tu sol, ay Laura,
que no tenga vida quieres,
pues anocheces en mí,
quando entre dos amaneces.
Pero dime de Alexandro
las nuevas que el alma teme,
que le ví inclinado á amarte,
tú sabes lo que mereces,
sosiega, Laura, mis zelos,
que rayos de amor parecen,
serás laurél para mí,
que los rayos no le ofenden,
y así tengas tanta dicha
como hermosura, que dexes
atrevimiento á mis brazos,
licencia de los que vienen,

que si respondes ingrata,
flores, campos, prados, fuentes
abrasarán mis suspiros,
y llorarán tus desdenes.

Cas. Despues, querido Leonardo,
que quiero pagarte asi,
lo que mi causa encareces,
pues tu no sabrás fingir:
despues del rústico bayle,
donde tan bien parecí,
á quien no me lo parece,
porque yo no sé mentir:
despues digo que te fuiste,
y me dexaste sin mí,
con lástima de mirarte
enmudecer, y sentir:
quiso Alexandro que entrase,
donde en sus riquezas ví
trasladar su plata el Indio,
su rubio metal ofir,
la China el blanco diamante,
Ceylan el roxo rubí,
Ganges su topacio ardiente,
Eufrates su azul zafir,
sus pensiles Babilonia,
que el mas pequeño jardin
pudiera con mayor fama
ser de sus muros pensíl:
y abriéndome un escritorio,
que fué lo mismo que abrir
puesta á las luces la noche,
otras tantas joyas ví;
hartar pudieran á Midas,
igualar y competir
con las riquezas de Creso,
causa de su triste fin:
díxome, hermosa aldeana,
aunque nunca yo lo fuí,
haz cuenta que todas estas,
se labraron para tí:
quantas te agradaren toma;
yo, Leonardo, respondí,
no guarnecen ricas prendas
sayal tan grosero y vil,
guarda, famoso Alexandro,
para quien iguale en tí,
las riquezas de estas joyas,
que la aldea en que nací
aun no sabe que es cristal,
porque se suele servir
de arroyos para tocarse,
sin fingir rosa y jazmin.
Enojóse, y viendo yo
un cupido relucir,
que navegaba en un mar,
sobre un hermoso delfin,
toméle por contentarle,
y de la quadra salí,
llamando á Cintia y á Nise,
y esto me dixo al salir:
aunque al amor lleves, Laura,
mas amor dexas en mí,
que eres la primer muger,
á quien el alma rendí:
venme á ver, pues que me has muerto,
venme á ver, Laura gentil,
que si salir yo pudiera,
yo fuera á buscarte á tí:
estoy en esta prision,
por una estrella infelíz,
ya no la siento, que siento
la del alma que te di.
Con esto quedóse triste,
si fué de verme partir
no lo sé, mas sé que luego,
que del castillo salí,
me dí prisa para verte,
porque ya con verte aquí,
dé fin la historia, y la ausencia,
que el amor no tiene fin.

Leo. Nunca pensó mi paciencia,
de ver (ay pena mortal!)
tanto bien, á tanto mal,
como fue Laura tu ausencia,
mi muerte fue tu partida,
pero ya con solo verte,
corrida se fué la muerte,
y vino alegre la vida:
si bien no puedo tener
seguridad del amor
de un hombre, cuyo valor
tanto me da que temer.

Cas. Oye por tu vida. *Leo*. Dí.

Per. Ay, Cintia, qué linda mano!
te has dado á lo cortesano?

Cint. Yo, Perol, á bulto fuí.

Per. A bulto en corte te he visto,
que es lo mismo que á rio buelto
andar, Cintia, el diablo suelto.
Cint. Qué importa, si yo resisto?
Per. Hubo pellizco de paje,
necedad de gentilhombre,
y otras cosas de este nombre?
hizo novedad el trage?
nadie se llegó al olor
del tomillo de la Aldea?
nadie te llamó Amaltea?
Cint. A fé que vienes de humor.
Per. Bonitos son los lindones,
para que perdonen nada.
Cint. Laura fué la festejada:
que tiene ilustres razones,
y sabia responder.
Per. Qué te dió el Príncipe á tí?
Cint. A mí, Perol?
Per. A tí. *Cint.* A mí,
no me dieron á escoger
en rubíes y diamantes:
esta cadena me dió.
Per. Quieres prestármela?
Cint. No.
Per. No, respondes ?
Cin. No te espantes;
que no hay hombre que á muger
vuelva cosa que le preste.
Per. Bravo desengaño es este:
y qué nos soleis volver,
de todo quanto os prestamos?
Cint. Sois hombres, Perol; es justo,
que es traicion sobre mal gusto,
dar la muger.
Per. Bien medramos,
Cintia, quién tiene de dar,
ó sea hombre ó sea muger,
quando se llega á querer?
Cint. La cadena he de guardar,
si mas razones alegas,
que en un pleyto hay peticiones,
trampas, notificaciones,
pasos, y pasiones ciegas.
Leo. De todo estoy satisfecho:
descansa, Laura, si acaso
lo estás.
Cas. Desde el primer paso.
Leo. No es aquel rústico techo
á propósito de quien
de tantas riquezas viene.
Cas. Aunque las que estimo tiene.
Leo. Vida los cielos te den. *vanse.*
Per. En efecto, no hay que hablar
en esto de la...?
Cint. Ya entiendo,
mucho me cansas pidiendo.
Per. Pues yo tengo que te dar
una cosa que es muy buena.
Cin. Si es alma, sácala al sol.
Per. Pues no seré yo Perol,
si no os pesco la cadena. *vanse.*
Salen el Rey, Severo, Teodoro, y Celio.
Rey. Es posible que ha llegado
el Príncipe á tal tristeza?
Sev. No se espante vuestra Alteza.
Rey. Pues no me ha de dar cuidado?
Sev. Quien de la prision de amor
se admira, no tenga nombre
de hombre, por que en el hombre
es natural su rigor;
pero tú juzgar no debes,
en tus años, de sus daños.
Rey. No se me olvidan los años,
que son los años muy breves,
y en materia de querer
Alexandro inobediente
pasar de este fuerte el puente,
cosa es que no puede ser;
sé lo que dixo Platon,
describiendo en el Timéo
su atrevimiento y deseo;
pero no será razon
que tal licencia le dé.
Teo. Y si de pena se muere,
qué remedio habrá que espere
tu cuidado?
Rey. Yo lo sé.
Teo. Cómo?
Rey. Traer de la aldea
esa bella labradora,
que como decis adora.
Cel. Y no puede ser que sea
muger de tanto valor
que á su fuerza se resista?
Rey. Puede ser, mas con la vista

templa su fuerza el amor,
que tampoco yo querria
dar lugar á cosa injusta.
Teo. Pues si vuestra Alteza gusta
de su salud:::
Rey. Es la mia.
Teo. Hoy iremos Celio y yo
y le traeremos á Laura.
Rey. Lo que su vida restaura
es mi salud, que otra no,
y Severo la tendrá
en guarda, porque es razon
mirar su honor y opinion.
Cel. En viendola, templará
la tristeza de su ausencia.
Vanse el Rey y Severo, y sale el Príncipe.
Alex. Qué os ha dicho el Rey, Teodoro?
Teo. Que con el justo decoro,
venga Laura á tu presencia,
pero que la tenga en guarda
Severo.
Ale. Venga en buen hora,
vea yo mi labradora,
discreta, hermosa y gallarda,
que no pasa mi deseo
la márgen de la razon.
Cel. Vencer la propia pasion,
fué siempre el mayor trofeo.
Alex. Partid los dos á buscar
de mi salud el remedio,
pues no hay montañas enmedio,
ni montes de ayrado mar.
Id á ese pobre lugar,
rico de tan gran tesoro,
amigos Celio y Teodoro,
y para sol mas bizarro,
pedid al del cielo el carro,
todo de diamante y oro.
Y si el de Venus traía
Cisnes por mas magestad,
caballos blancos llevad,
como nieve helada y fria.
Decid á la prenda mia
que mi padre para darme
salud quiere que á curarme
venga en aquesta ocasion,
porque como no es leon,
no teme que ha de matarme.
Y engáñase, que recelo
que Laura tiene en su oriente
al leon por ascendente,
séptimo signo del cielo.
Pues qué importa su desvelo,
si el pronóstico ha cumplido?
muerto á sus manos he sido,
tan honrado, aunque encubierto,
que es el leon que me ha muerto
dentro del cielo nacido. *vanse.*
Salen Casandra y Nise.
Nis. Despues, Laura, que veniste
á la aldea, estoy de suerte,
que se acobarda la muerte,
de matar vida tan triste.
Fiando mucho en quien fuiste,
nunca te he querido, ay cielos!
decir mis locos desvelos,
porque quando fuese culpa
siempre tiene amor disculpa,
pero no en pidiendo zelos.
Olvidóme el labrador
que por huesped has tenido,
por quererte, que el olvido
fué siempre sombra de amor.
Pensé yo de tu valor
que del Príncipe vinieras
enamorada, y que dieras
lugar á tus pensamientos,
sin que tus merecimientos
tan baxamente ofendieras.
Pero engañéme, pues ya
pagas su necia aficion.
Cas. Si tus palabras lo son,
el efecto lo dirá,
si te ha olvidado será
porque nunca te ha querido.
De mí, Nise, no lo ha sido,
y no he nacido en la aldea,
mas puede ser que lo sea,
si tú despiertas mi olvido.
Es Leonardo muy buen hombre,
mas no bueno para mí,
porque pienso que nací
muy desigual á su nombre.
Mi voluntad no te asombre,
que se la debo tener,

pues no mas de por muger
me ha dado tanto favor,
que era no tenerle amor
dexarle de conocer.
El es ido á la ciudad
á llevar muerto un leon,
y á ciertos premios que son
zelo de honor en su edad:
diréle tu necedad
quando venga, si tú quieres.
Nis. No mi Laura, no te alteres:
el verme alterar te admira?
no sabés ya que es la ira
mayorazgo en las mugeres?
Sale Perol.
Per. Lindamente ha sucedido.
Cas. Qué hay, Perol?
Per. Leonardo vuelve
de la ciudad victorioso.
Cas. Albricias por él mereces;
dí á Nise que te las dé.
Per. Por qué si tú me las debes?
Cas. El por qué Nise lo sabe,
y con Leonardo se entiende.
Per. Cólera tenemos ya:
oye, ansi Venus aumente
tus años, y tu hermosura.
Cas. Lo que ha pasado refiere.
Per. En la plaza del castillo,
que está del jardin enfrente,
estaba un alto teatro,
para tres nobles jueces.
El Príncipe en un balcon,
sobre un bordado tapete
de tela de oro mostraba
la luz que el sol en su oriente.
Colgadas diversas armas,
la juventud noble encienden
con los premios que á otra parte
igualmente resplandecen.
Despues de haber presentado
Leonardo el leon valiente,
que aun muerto causaba espanto,
que aun muerto pueden temerle;
baxamos á ver la plaza,
en que al Príncipe entretienen
carreras, fuerzas y espadas,
y hacen señal que comiencen.
Sale un fuerte luchador
en camisa, y zaraguelles,
barbado de pecho y brazos,
calzado de frente y sienes.
Quítase Leonardo un sayo,
y como un toro arremete;
alza el hombro, trava el brazo,
nervios y huesos le tuerce:
gimen, anhelan, suspiran,
sudan, braman, finalmente
al competidor cansado,
Leonardo en la tierra tiende:
danle una cadena de oro,
y codicia conocerle
Alexandro, dando causa,
á que mas premio se aliente:
dentro de un hora á la plaza,
digo á la palestra, vuelve,
donde tiraban la barra
mozos gallardos y fuertes.
Tomóla en la fuerte mano,
y una vez que la revuelve,
al mayor tiro de todos
pasa seis palmos ó siete:
danle una copa de plata,
descansa y partirse quiere,
pero viendo las espadas,
irse por baxeza tiene:
vase para su contrario,
y con tajos y reveses
rompió los cascos á quatro,
lo mismo hiciera de veinte:
danle una sarta de perlas
tan bella que me parece
que la veo en tu garganta,
aunque es nieve sobre nieve.
Salen Teodoro y Celio.
Cel. Aqui dicen que ha de estar,
con algunas labradoras.
Cas. Qué es esto, gente á estas horas?
Nis. Habrán llegado al lugar,
para pasar á la sierra.
Per. Sí, que cazadores son.
Teo. Aquí están. *Cel.* Buena ocasion.
Teo. Bravo monte. *Cel.* Fértil tierra.
Teo. Venus os guarde, aldeanas,
y logre vuestra hermosura.
Cas. Júpiter os dé ventura.

Cel. En qué damas cortesanas
puede haber mas perfeccion?
Cas. Qué es lo que buscais, señores?
porque si sois cazadores,
de un espantoso leon
vino un labrador ayer
á dar nuevas á la aldea.
Cel. Como mi gente le vea,
no os dexará que temer:
destruyen mucho el ganado?
Cas. No llegan tanto al lugar.
Nis. Dí que nos dexen andar
con su coche por el prado,
Laura, así te guarde Dios.
Cas. Qué lindo coche traeis?
Cel. Entrad en él si quereis
andar un rato las dos
por el prado ó el aldea.
Cas. Ha tanto que no me ví
en coche, que aun por aquí
tendré á ventura que sea.
Cel. Pues entrad.
Cas. Entremos, Nise.
Cel. Cochero, esas Damas lleva.
Nis. Brava fiesta.
Cas. Cosa nueva.
Teo. No es menester que le avise,
que él sabe lo que ha de hacer:
pica al castillo, Danteo. *Entranse.*
Per. Ay cielos, qué es lo que veo!
engaño debe de ser.
Dentro.
Cas. Ménos priesa, porque quiero
ir con mucha autoridad.
Dentro.
Nis. No vais hácia la ciudad,
sino hácia el prado, cochero.
Cel. Laura, al Principe os llevamos,
no volvereis á la aldea.
Per. Quién habrá qué aquesto crea?
en qué Libia, ó Cintia estamos?
esto se ha de consentir?
cómo corren los caballos!
es imposible alcanzallos,
aunque los quiera seguir;
ay triste! qué hará Leonardo?
Sale Leonardo.
Leo. Qué es esto?
Per. De dónde vienes?
Leo. Del lugar donde me han dicho
que salió Laura á la fuente;
dónde está Laura, Perol?
de qué te turbas, qué tienes?
qué ha sucedido, que el alma
hablar lo que callas quiere?
Per. De ese Príncipe Alexandro,
á quien no sin causa temes,
vinieron aquí en un coche
dos criados, y otra gente.
Hablaron con Laura, y Nise,
y como tienen mugeres
espíritu ambulativo,
y no hay cosa que no intenten,
rogaron á los traydores
que andar un rato las dexen
en su coche por el prado;
luego los dos lo conceden:
entran las dos y ellos entran,
y como el milano suele,
en agarrando los pollos,
volar por el ayre leve,
parten al castillo, dando
con ánimo diferente,
ellas voces, y ellos prisa,
quedando yo de la suerte
que robando á Proserpina,
lloraba la Diosa Ceres,
ó para decir mejor,
como gallina que pierde
los pollos, pues yo lo fuí
en no morir, y atreverme.
Leo. No temia yo sin causa:
ó como las almas siempre
son profetas de los daños,
y lo que ha de venir temen!
Qual suele cándida garza
saber qual alcon la prende,
así el amante en sus zelos
conoce al que ha de vencerle.
O fuerza de poderosos,
ó Alexandro, que tú puedes
solo en el mundo quitarme
lo que tus prendas merecen.
Pero entre tantas desdichas,
de qué sirve entretenerme?
seguirla tengo, Perol,

aunque mil vidas me cueste:
toda esa hacienda te toma,
que voy á morir.

Per. Detente,
que es locura lo que intentas.

Leo. Pues, perro, tú me detienes?
no conoces mi valor?

Per. Iré contigo á perderme.

Leo. Sin Laura no quiero vida,
con ella es vida la muerte.

Vanse, y salen Severo y el Rey.

Sev. Laura dicen que ha llegado.

Rey. Advertid que esté con vos,
y que tengais con los dos,
Severo, mucho cuidado;
basta que el Príncipe vea
esta muger, que no es bien
que mas licencia le den.

Sev. Aunque es de una pobre aldea,
miraré con justo zelo
su honor en esta ocasion,
con mas ojos que el pabon,
que puso Juno en el cielo.

Rey. Con Lisarda puede estar,
y honestamente la vea,
de suerte que solo sea
honesto ver, casto hablar. *Vase.*

Sev. Yo fio de su valor,
lo que del tuyo podria.

Salen el Príncipe, Casandra, Nise, Celio y Teodoro.

Cas. Esto mas es tirania,
que desatinos de amor,
darme la muerte es mejor,
si os causo desasosiego.

Alex. Si sabes que amor es ciego,
Laura, en tanta discrecion,
juzgas mi amor á traicion?

Cas. Dexadme volver os ruego.

Alex. Volver, cómo, ó de qué suerte?
no sabes que enfermo estoy
de verte, y que desde hoy
me verás volviendo á verte?
no ves que escusas mi muerte,
y mi médico has de ser?

Cas. Pues si os he venido á ver,
quién el ser médico imita,
en haciendo la visita,
por qué no se ha de volver?

Ale. Quando un hombre como yo
enferma, un médico está
con él siempre, y no se va.

Cas. Y no se va?

Alex. Laura no,
y este mal que á mí me dió,
quiere el médico presente,
para qualquiera accidente:
porque si me viene á dar,
cómo se ha de remediar,
estando el médico ausente?

Cas. Qué accidente puede daros
que no los haga mayores
el verme?

Alex. Males de amores,
no son de curar tan claros,
y quieren tantos reparos,
quantos son los pensamientos.

Cas. Pues de otros medicamentos,
mas que el veros, no soy yo
Dotor que los estudié
en humildes nacimientos:
dexad que vuelva á mi aldea,
que os doy palabra de ser
vuestro médico, y volver
á que vuestro amor me vea.

Alex. Sí, mas porque todo sea,
como en fin de enfermedad,
la mano Laura me dad,
que en el pulso del amor
conocereis de qué ardor
enfermó la voluntad.

Cas. No me mandeis que lo intente,
que en esta mala porfia
curo por astrología,
y conozco por la frente.

Alex. Vos hareis que mi accidente
os las tome.

Cas. No hareis tal:
si ya no es que vuestro mal
se ha convertido en locura;
y ese es mal que no se cura,
sino con locura igual.
Obligadme honestamente:
yo sabré corresponder.

Ale. Posible es que esta muger
ha nacido humildemente?

Severo?
Sev. Señor?
Alex. Quien siente
de esta manera su honor,
no tiene oculto valor?
Sev. Déxala estar con Lisarda,
que ha de ser su honesta guarda,
allá tratarán tu amor,
ten esperanza y paciencia.
Vamos, Laura, donde esteis
como vos misma quereis.
Cas. Esto es amor, ó es violencia?
vamos, Nise. *Vanse los tres.*
Nis. Ten prudencia.
Alex. Qué tengo de hacer, Teodoro,
si un Angel hermoso adoro,
y en las desdichas que paso
de sus tibiezas me abraso,
de su desden me enamoro?
Teo. Señor, á tu gran poder
no se podrá resistir,
principios son de sufrir,
aunque es humilde muger.
Cel. Severo no ha de quererte
verte con ese cuidado,
que en efecto te ha criado.
Alex. Ay Celio, pues con Lisarda
su hija mayor la guarda,
el Rey se lo habrá mandado.
Salen Perol y Leonardo.
Per. Aquí está Alexandro, mira
el desatino que intentas.
Leo. A un amante persuades?
viento coges, el mar siembras.
Alex. Mirad quien se ha entrado aquí:
Leo. No conoce vuestra alteza
á un labrador que luchaba,
que tiraba y hacia fuerzas,
y que con diversas armas
descalabró en tu presencia
los maestros mas famosos?
Alex. Pues qué quieres? no te premian?
pretendes algun oficio?
Leo. No hay oficio que pretenda
en Palacio, porque soy
pobre en una pobre aldea,
á la qual (pienso que son
los que estan en tu presencia),
fuéron dos criados tuyos,
y sacaron con cautela
una muger en un coche,
con quien sus deudos conciertan
casarme, que está sin padre;
súpelo, y vengo por ella,
ó á morir determinado.
Alex. Qué historia Troyana ó Griega
tal desatino de amor
como el deste amante cuenta?
esta es la causa, Teodoro,
porque esta villana necia
se resiste á quien yo soy.
Teo. Estas, señor, no se prendan
sino allá con sus iguales.
Leo. Qué respondes? no me entregan
á Laura? no se lo mandas?
que no he de volver sin ella.
Alex. Esto ya pasa de amor:
ó es locura, ó es soberbia
notable.
Leo. Probad, llegad,
matareis quien lo desea;
á qué aguardais, cortesanos?
Cel. Pues muera el villano, muera.
Metelos á cuchilladas.
Per. No debe de ser muy fácil:
qué lindamente les pega!
Alex. Ola, guardadla, soldados;
no se vió cosa como esta
en casa de un hombre vil.
Sale Severo.
Sev. Qué es esto, señor?
Alex. Que sea
un rústico de ese monte
tan atrevido, que venga
á pedirme á Laura á mí,
y con locura tan ciega
acuchille á mis criados!
Sev. Ahorcaréle de una almena,
porque él no podrá salir,
con tanta guarda á la puerta.
Salen Teodoro y Celio.
Teo. Algun demonio es el hombre.
Cel. No he visto Tigre tan fiera:
con un esquadron de picas,
pudieron prenderle apenas:
no se ha visto igual valor.

Alex. Ahórquenle, porque sea
escarmiento á sus iguales.
Sev. Será afrentar la grandeza
de tu generoso nombre:
el castigo se suspenda
pues está preso, que yo
le haré exemplo de su aldea
por honor tuyo, y por ser
de toda aquella ribera
del mar el mozo mas fuerte.
Alex. Como tú quisieres sea;
y pues ya Laura no tiene,
como este exemplo lo muestra,
tanto amor como blasona:
permíteme que entre á verla,
que no es razon que queriendo
á un labrador de una sierra,
parto humilde, tenga en poco
tan arrogante y soberbia
á quien hoy Alexandria
por su Príncipe respeta.
Vive Júpiter sagrado
que he de forzarla.
Sev. No creas
que de aquesta puerta pases.
Alex. Pues tú la puerta me cierras?
quitate della, Severo.
Sev. No pienso quitarme della,
aunque me quites la vida.
Alex. Toma.

Dale un bofeton.

Sev. A mi rostro esta afrenta?
Teo. Señor, qué has hecho? á tu ayo?
Alex. Apártate, y agradezca,
que no le dí con la daga.
Teo. Con poderosos paciencia.

Vanse los tres.

Sev. Por los soberanos Dioses
que cielo y tierra gobiernan,
que he de vengarme, rapaz,
aunque mi príncipe seas.
Yo descubriré el secreto,
y haré que el Imperio pierdas,
que en injuria, y sin razon,
no es la venganza baxeza.

JORNADA TERCERA.

Salen Severo y Leonardo.

Leo. No sentiré la prision,
si tan buen Alcayde tengo.
Sev. A darte la vida vengo,
Leonardo, en esta ocasion.
Leo. Lastima te habrá movido,
de que un hombre enamorado,
á morir determinado,
entrase tan atrevido,
donde, sino era volando,
era imposible salir.
Sev. A pesar has de vivir
de quien está deseando
tu muerte, porque es razon
ayudarte á defender,
si del Príncipe has de ser
el esperado leon.
Leo. Yo, Severo, de qué suerte?
Sev. Oyeme atento y sabrás
quán cerca de Rey estás.
Leo. Yo por dónde, ó cómo?
Sev. Advierte.
Ramiro, famoso Rey,
de quantas Provincias baña
por siete bocas el Nilo,
desde Roseta á Damiata,
y del Cayro á Alexandria,
en su verde edad pasada,
quiso con notable amor
á una bellísima Dama,
llamada Antonia, á quien diera
Semiramis y Cleopatra,
como en la rara hermosura,
ventaja en letras, y en armas.
Destos amores naciste,
oyes, no te alteres, calla,
que el decirte este secreto,
no fué, Leonardo, sin causa.
Era yo solo el criado
de quien Ramiro fiaba
estos amores de Antonia,
y en lo tierno de tu infancia,
quando tres años cumplias,
muere tu madre, y se casa
el Rey con Natalia bella,
del Rey de la Persia hermana:

nace el Príncipe tu hermano,
á quien Alexandro llaman:
porque no ménos fortuna
de su nacimiento aguardan.
Deste mira el nacimiento,
y por las estrellas halla,
que un leon le ha de dar muerte,
sino le esconden y guardan,
hasta que treinta años cumpla.
Con esto Ramiro labra
este fuerte, en que le tiene
miéntras tantos años pasan.
Y á tí por una sospecha
criar en las montañas manda,
sin que supieses quien eras,
porque Leonardo te llamas.
Que dice que puede ser
que los cielos te señalan,
Leonardo, por el leon;
y asi el nombre le acobarda,
que al Principe ha de matar,
quitando con arrogancia
el legítimo laurél,
y no le ha engañado el alma,
pues habiendo yo criado
esta fiera, en confianza
del premio, porque le quise
defender que viese á Laura,
porque el Rey me habia mandado,
que la guardase Lisarda
mi hija, su mano fiera,
sin respeto de mis canas,
puso en mi rostro, que ha sido
la causa, y tan justa causa
de declararte quien eres,
para que en tanta venganza,
seas, Leonardo, el leon
del Príncipe que me agravia.
Serás Rey de Alexandria,
y librarás á quien amas
deste tirano mancebo
que está cerca de forzarla.
Mátale, y reyna, Leonardo,
pues tu padre te desama,
mira que tu madre Antonia
no fué menos que Natalia:
no goce á Laura Alexandro,
que para empresa tan alta
ya á tus brazos, y á tu frente,
esperan laurél, y Laura.

Leo. Con notable admiracion,
y atentamente escuché,
Severo, lo que ya sé
de tu extraña relacion.
Dices que soy el leon
que determina la suerte,
que dé á Alexandro la muerte,
porque me llamo Leonardo,
pues laurél, y Laura aguardo:
no es ansi? *Sev.* Sí, hijo.

Leo. Advierte,
haz cuenta que como es uno
Dios, cien mil mundos crió,
y que pudiera ser yo
su Rey, sin faltar ninguno,
y que el amor importuno
de Laura me da mas penas,
que hay en los montes arenas,
y que por Laura y laurel
me dan lazo de un cordel,
y el Reyno de dos almenas,
que Laura, laurel y muerte
no me darán ocasion
á ser Leonardo Leon,
aunque el cielo lo concierte:
por que si el sabio, el que es fuerte,
es señor de las estrellas,
aunque me lo manden ellas,
puedo yo con mi alvedrio,
gozar de mi señorío,
y dexar de obedecellas.
Goce á Laura, aunque la adoro,
y goce el Reyno mi hermano,
y perdone el soberano
cielo el perderle el decoro.
Si un leon, que ser yo ignoro,
le ha de matar, ese nombre
razon será que me asombre,
pues haciendo crueldad tal,
vengo á quedar animal,
y nací para ser hombre.
Lo que tú puedes hacer,
guardándote yo secreto,
lo que á los cielos prometo,
es dexarme á Laura ver,
por que si lo que ha de ser

es fuerza, qué te fastidia?
mil fieras tiene Numidia,
no temas que en la ocasion
al cielo falte un leon,
ni al poderoso una envidia.
Sev. Quiéresme dar dos mil veces
los brazos?
Leo. Pues no, Severo?
como á mi padre te quiero.
Sev. Ser Rey del mundo mereees,
y de tu virtud me ofreces
grande indicio, ni me dexa
lo que me niegas con quexa,
que no hacer el mal tambien,
aun puede parecer bien
al mismo que le aconseja.
El cielo te ha de pagar,
no ha de olvidarse de tí,
porque en lo que has hecho aquí
tu virtud le ha de obligar:
no demos que sospechar,
ven conmigo, que en efeto
ver á Laura te prometo,
pero á callar obligado.
Leo. Hombre que un Reyno ha dexado
sabrá callar un secreto. *vanse.*

Salen el Príncipe y Casandra.

Ale. Ya es, Laura, mucho desden,
ya se corre mi valor;
es mejor el labrador
rústico, que quieres bien?
Mira, Laura, que me das
ocasion de aborrecerte.
Cas. Tendréla yo de quererte,
porque me aborrezcas mas.
Ale. Eso es locura. *Cas.* Es valor.
Ale. Tú valor? no puede ser.
Cas. Es de muger.
Ale. Y muger
que tiene á un villano amor?
Cas. Quedo, Alexandro, que yo
no fuí mas de agradecida:
si de él he sido querida,
fué ocasion, defecto no.
Demas que en ese villano,
hay prendas para querer
qualquier principal muger.
Ale. No estoy yo corrido en vano:
vive Júpiter, que creo
que tu necia resistencia
ha de llegar á violencia
de mi amoroso deseo.
Cas. Tente, tente, que en llegando
á no haber otro remedio,
te pondré un mar de por medio,
porque ya me voy cansando.
Ale. Pues qué misterio hay en tí,
que han de ser las causas muchas?
Cas. Tú le sabrás si me escuchas.
Ale. Ya te escucho.
Cas. Advierte. *Ale.* Dí.
Cas. Yo, generoso africano,
soy de los fines de Europa,
hija soy del Rey de Atenas,
que no humilde labradora.
Mi propio nombre es Casandra,
que las desdichas me nombran
Laura, aunque nunca he podido
salir de ella victoriosa.
Quiso mi padre casarme,
concertáronse las bodas
con el Príncipe Seleuco,
hijo del Rey de Antioquia.
Labróse una fuerte nave,
que de la popa á la proa,
quando era gigante el mar
le pudo servir de joya.
Del archipiélago bravo
mansas estaban las olas,
quando me embarcó mi padre,
con lágrimas amorosas.
Acompañánme sus grandes,
y algunas grandes señoras,
y el embaxador, á quien
el mar la embaxada acorta.
Damos al viento los lienzos,
él brama en las pardas sogas;
á cuya música ayudan
las trompetas sonorosas.
Dexamos atras las Islas,
que el archipiélago adornan,
tantas que en léjos parece
que todas son una sombra.
Pero á vista de Candía,
el viento que estaba en popa,

por proa enviste la nave,
con tempestad espantosa.
El sol se esconde, las nubes
se enlutan de negras tocas,
los elementos se alteran
en batalla tan furiosa.
La confusion va creciendo,
auméntase la congoxa,
dan voces, tal vez amayna,
y tal vez vira la borda.
Yo triste estaba aprendiendo
estos nombres á mi costa,
lengua del mar que se estudia
quando todo es babilonia.
A este tiempo las deidades,
á nuestras lágrimas sordas,
mas fuerza al ábrego envian
mas licencia al fiero Boreas.
Rómpese el árbol mayor,
y á tres ó quatro personas
quita el temor de aguardar
á que la nave se rompa.
Entonces ya sin consejo,
una pobre barca abordan,
que iba de la nave asida,
con un pedazo de escota.
Métenme en ésta, baxando
por una embreada soga,
sobre quien ha de ir conmigo
los mas nobles se alborotan.
Llegan, en fin, á las manos,
dellos en el mar se arrojan,
dellos en los bordes muertos
beben las saladas ondas.
Impele la barca el mar,
las estrellas y las olas
entran juntas en consejo
de mi muerte lastimosa.
Aquel viento que se engendra,
del ártico Polo escombra
entónces con tal furor
las montañas espumosas,
que de sierra en sierra de agua,
da con las tablas ya rotas,
en una playa, y la arena
me sepulta en algas todas
quando Leonardo, el villano,
que dices, desde las rocas
deste mar de Alexandria
dió mejor fin á la historia
que Codro á la de Pompeyo,
pues llegando desemboza
la barca de algas y espumas,
y hace que en tus brazos ponga
mas agua, que cuerpo y vida;
donde mi esperanza cobra
la que no pensó tener.
Asi los cielos revocan
tal vez primeras sentencias,
con revistas mas piadosas.
Diome su casa y su pecho,
Laura me nombra y me adora,
esta obligacion le debo,
mira si son estas obras
dignas de agradecimiento.
Esto soy, tú piensa agora
lo que soy, y quanto á mí,
yo pienso guardar mi honra. *vase.*

Alex. De turbado y admirado
aun no supe detenella:
que tú eres, Casandra bella,
Reyna? qué bien lo has mostrado
en el valor y cuidado
de tu defensa! qué espero?
decir á mi padre quiero
la ventura que he tenido,
pues un angel ha venido
contra un animal tan fiero.
Ya no hay que temer leon,
ya se han cumplido los años.
Teodoro? *Sale Teo.* Señor?

Alex. Engaños
hace la imaginacion;
mas no, que verdades son.

Teo. De qué súbita alegria
estás desta suerte?

Alex. El dia
que vi de Laura los ojos,
cesáron quantos enojos
de mi fortuna temia.
Hazme luego retratar:
llama, Teodoro, al Pintor,
que este famoso pintor
del leon me ha de vengar.
Con un pie me ha de pintar
sobre el leon vencido,

despues que Laura ha venido,
y que la mano en la daga,
quiero abrir sangrienta llaga,
en el animal rendido.
Parte, y que venga le dí,
miéntras á mi padre digo,
que el Rey de Atenas su amigo
á Casandra tiene aquí:
Laura, es su hija, y de mí
será tan presto muger,
quanto el Rey lo ha de saber.

Teo. Laura es Infanta de Atenas?

Alex. El cielo entre tantas penas,
tanto bien me quiere hacer:
vamos porque parta alguno
á Grecia, y lleve la nueva,
que ya la fama la lleva
por los campos de Neptuno.

Teo. No hay en el Reyno ninguno
como Celio.

Alex. Celio vaya,
y quando vuelva á esta playa,
de ella me hallará marido,
y el pronóstico cumplido,
que tanto al Reyno desmaya. *Vanse.*

Salen Casandra, Leonardo, Perol, y Cintia.

Leo. Toda la gloria de verte
me has templado con oirte,
mil cosas pensé decirte,
y ya no mas de mi muerte.
Que si le has dicho, señora,
que eres Infanta de Atenas,
has dado fin á sus penas,
porque Alexandro te adora,
y se ha de casar contigo.

Cas. Miéntras avisan al Rey,
como es de los tiempos ley,
se tratará quanto digo:
no bastan humanos medios
á grandes resoluciones,
porque fuertes ocasiones,
tienen fuertes los remedios,
y yo no puedo escusar
de hacer defensa á mi honor,
con decirle mi valor.

Leo. Bien te pudiera culpar,
si un secreto te dixera,
pero la palabra he dado.

Cas. Leonardo, tú Rey de un prado
y señor de una ribera,
cómo puedes igualar
á quien como yo nació?
es imposible que yo
á mas me pueda obligar,
que á tenerte grande amor.

Leo. Yo conozco mi baxeza,
y que entre tanta grandeza,
soy un pobre labrador:
pienso que saldré de aquí,
segun me ha dicho Severo:
volverme á mi monte quiero,
y morir como nací:
solo te ruego...

Cas. Habla quedo.

Per. Ay Cintia, tú qué serás?
porque ya tan grave estás,
que tengo á tus cosas miedo?
de dónde serás Infanta?
en qué nave habrás venido?

Cin. Yo, Perol, soy lo que he sido.

Per. La Corte no te levanta
el pensamiento siquiera
á decir una mentira?

Cin. El ser quien soy me retira
de toda vana quimera.

Per. Toma exemplo del papel,
que se hace de trapos viejos,
y sube hasta los Consejos,
y á que escriba el Rey en él.
Quién hay que aliento no cobre,
viendo el papel que ha subido
á escribirle un Rey, si ha sido
una camisa de un pobre?

Cin. Sí, pero siempre verás,
que le queda el mal olor.

Per. Tú tienes poco valor,
ya que en la ocasion estás,
y del papel no te espantes,
pues le queda á toda ley,
de estar en manos del Rey,
el buen olor de los guantes:
corto ingenio, y gran desmayo,
tienes, Cintia; y sin valor,

quién llega hasta el resplandor
del sol sin hurtalle un rayo?
pero ya que tienes ama,
Reyna, y señora de Atenas,
que te dará mas cadenas
que tiene lenguas la fama,
bien me puedes, Cintia, dar
la que el Príncipe te dió.
Cin. Pues qué soy agora yo,
ó en qué me puedo fiar?
no eres mas necio, Perol,
para pescar la cadena?
te dan los exemplos pena
de llegar al Rey y al sol?
Per. Malicias, yo no lo digo,
sino por lo que has de ser,
si es Laura del Rey muger.
Cint. Ay, cómo te entiendo, amigo:
no te dixe, el otro dia,
que los hombres han de dar,
y las mugeres tomar?
Per. Un hombre dicen que habia,
que en las pendencias tiraba
un pomo atado á un cordel,
y luego tirando del,
con el pomo se quedaba.
O si diésemos así,
qué linda cosa que fuera!
y que quando un hombre diera
luego lo volviera á sí:
deste dar quedará el brazo
sabroso.
Cint. Qué lindo dar!
Per. Aqueste modo de dar,
se habia de llamar pomazo.
Leonardo escóndete presto
que viene el Príncipe.

Sale Severo.

Leo. Ay Cielos,
qué presto vienen los zelos!
no viene el amor tan presto,
libre me quisiera hallar,
ó muerto, pues he llegado
á tiempo que en tal estado,
no hay que temer, ni esperar:
no dixiste que tendria
libertad?
Sev. Si quieres irte,
puedes.
Leo. Qué podré decirte,
ó Laura, en tan triste dia?
al monte vuelvo á morir,
ten lástima de una vida
de quien eres homicida.
Cas. No sé qué pueda decir,
entre tantas confusiones.
Leo. Podré, Laura, merecer
morir por tí?
Cas. Qué he de hacer?
Sev. Leonardo, ménos razones:
vete, no te halle aquí.
Leo. Al fin, ya no te verán
mis tristes ojos.
Cas. Sí harán.
Leo. Laura, acuérdate de mí. *vase.*
Cas. Lágrimas miro, y no digo
á voces que loca estoy?
qué he de hacer, si soy quien soy?

Salen el Príncipe y Albano.

Ale. Entra, pues eres testigo;
dí á Casandra lo que pasa,
dí lo que el Rey respondió.
Alb. Tengo de abonarte yo?
Ale. Ya, Casandra, el Rey me casa,
porque este Reyno poseas,
ya despacha Embaxadores
á Atenas, ya tus rigores
cesarán, quando te veas
señora de Alexandría.
Tú el fin de su dicha apruebas,
llegándote tales nuevas,
juntas en un mismo dia.
De suerte que me ha contado,
que mañana se ha cumplido
el término difinido
del pronóstico pasado,
no falta mas de mañana,
con que serás mi muger,
y en que dexaré de ser.
con que desta ciencia humana
de la voluntad divina,

y celestial influencia,
que me ha costado paciencia
de solo un Principe digna.
Tantos años de prision,
bien pudiéron merecer,
que fueses tú mi muger,
con tanta satisfaccion
del Rey y Reyno: qué tienes,
no respondes?
Cas. No te espantes,
que entre males semejantes,
me espanten tambien los bienes,
que en mi fortuna mortal
estoy de suerte tan bien,
que me espanta mas el bien,
porque trato mas el mal
déxame entrar á escribir
al Rey, que no es bien que parta
sin carta mia.
Ale. En tu carta
puedes, Casandra, decir,
lo que sientes de mi amor:
oblígame en alabarme.
Cas. A mí me está bien honrarme
de un hombre de tu valor. *Vase.*
Ale. Qué sientes desto?
Alb. Que está
dudosa de que la ensalces
á tan alta Monarquia.
Ale. Si la tuviera por grande,
mostrárame mas contento.
Alb. Los entendimientos graves
en las prósperas fortunas
mas humildes muestras hacen
quando coge un gran contento:
de improviso suele darles
suspension á los sentidos.
Ale. Bien dices, quiero alegrarme,
hoy haré á todos mercedes,
pues comienza á publicarse
mi libertad, y tan cierta,
que solo puede faltarme,
lo que el sol desde que salga
por las puertas Orientales,
hasta que á dorarlas vuelva
del Polo Antártico tarde.
Ay cielos! que veré libres
las populosas Ciudades,
exércitos numerosos,
plazas, templos, casas, calles,
cómo se marcha en la tierra,
y se navegan los mares?
Qué notable dicha!
Alb. Mira
que el placer puede obligarte,
como el pesar, si te dexas
consumir de imaginarle:
divierte ese pensamiento.
Ale. Celio viene, qué me traes?

Salen Celio y un criado con dos dagas en una fuente.

Cel. Aquellas dagas, señor,
de la hechura que mandaste.
Ale. Muestra, qué buena es aquesta!
y es la cuchilla notable:
esta es mejor guarnicion,
y está por Dios que desarme
á la mas fuerte defensa.
Alb. El Penor viene á mostrarte
el retrato que te ha hecho.
Ale. No hay hombre que me retrate
con mas gracia que el Penor.

Sale el Penor con un retrato.

Pen. Solo deseo agradarte.
Ale. Poned en ese bufete
las dagas.
Pen. Quisiera hallarme
con el ingenio de Ceusis,
con el pincel de Timantes,
ó pues eres Alexandro,
y Alexandro retratarse
dexaba solo de Apeles,
que yo supiera imitarle.
Ale. Poned en alto el retrato.
Alb. Aquí no hay con que se alce,
Ale. Encima de ese bufete
bastará que se levante.
Alb. Está bien asi?
Ale. Muy bien.
Pen. La simetría, y sus partes,
guardan proporcion debida.
Cel. Qué bien el efecto hace
de querer sacar la daga!
Ale. Que éste habia de matarme
de esta suerte? es un Leon?

Cel. Por eso á tus plantas yace,
y triunfas del este dia.
Ale. Vive el cielo que he de darle
una puñada de enojo,
aunque el retrato se rasgue.

Dale una puñada, y hierese con las dagas que están detrás.

Ay, ay!
Alb. Qué ha sido, señor?
Ale. Ay de mí!
Alb. Llena de sangre
tienes la mano. *Pen.* Las dagas
que estaban desotra parte
te hirieron al dar el golpe.

Sale el Rey.

Rey. Qué voces son estas?
Ale. Dadme,
dadme algun remedio presto.
Rey. Quién te ha herido?
Ale. Qué señales
tan tristes de tus temores!
Hice al Penor retratarme
con un Leon á los pies,
y enojado de mirarle,
díle en la pintada boca
un golpe, caso notable!
que en las dagas que detras
estaban, sin acordarme,
mano y brazo me he pasado.
Rey. Oh estrellas inevitables!
llevadle luego de aquí.
Alb. Ten, señor, no te desangres.
Ale. Temo que el Leon me ha muerto.

Llévanle.

Rey. Dioses! que en sucesos tales,
conozca el mundo su engaño,
y que han de ser inviolables
vuestras leyes y secretos!
hay desgracia semejante!
Cel. No será tanta la herida,
ni querrá el Cielo quitarte,
con un animal pintado,
la prenda que tanto vale.
Rey. Ay Celio! veo aquí agora,
que nuestras fuerzas mortales
no impiden lo que ha de ser:
quién dixera que una imágen,
un retrato de un Leon,
siendo mañana en la tarde
cumplido el preciso tiempo
en que habia de matalle,
hoy fuese causa, queriendo
darle un golpe, que le pase
la mano, sin mano, el hierro
que estaba de la otra parte!
Mucho temo, y con razon,
que aquesa herida le mate;
siempre fué lo que ha de ser,
por mas que el hombre se guarde. *vanse.*

Salen Leonardo y Nise.

Nis. Sin duda te has vuelto loco
de amores de Laura ya,
que como en la Corte está,
tienes á la aldea en poco;
tú vestido cortesano?
tú espada? qué frenesí
te ha dado?
Leo. Ay Nise! ay de mí!
Nis. Como naciste villano,
y ayres de señor te diéron
con aquel tan necio amor,
perdiste el ser labrador,
como tus padres lo fuéron;
y arrogante de tu brio,
y no mal entendimiento,
soñaste algun casamiento,
que es el mayor desvarío;
dexa la espada, Leonardo;
vuelve, vuelve al azadon.
Leo. De mi pena, y confusion,
solo este remedio aguardo:
yo me voy, Nise, á embarcar:
la causa yo me la sé,
que no es posible que esté
mas tiempo en este lugar.
Soy otro ser del que fuí,
y como no puedo ser,
como soy, voyme á tener
aquel ser, léjos de aquí.
Porque, de qué me sirviera
no poder ser lo que soy?
y pues no soy donde estoy,

lo que siendo quién soy fuera.
Nis. Hay lástima mas extraña!
loco estás, pobre de tí!
Leo. Como no sabes quien fuí,
no saber quien soy te engaña;
ya Laura será muger
del Príncipe.
Nis. De qué modo?
Leo. Porque se ha sabido todo,
y Laura lo puede ser,
que es hija del Rey de Atenas,
donde Embaxadores van,
con quien mis penas irán,
que voy á embarcar mis penas.
Quiero ver si puede el mar
templar mi fuego: ya es ido
Perol á ver si ha venido,
que hoy se quieren embarcar;
quédate, Nise, con Dios.
Nis. Es posible que te vas?
Leo. No puedo mas.
Nis. Qué jamás
nos hemos de ver los dos?

Sale Perol.

Per. Sin aliento vengo á verte.
Leo. De qué vienes sin aliento?
Per. Fuí al puerto, y hallé que ya
Teodoro estaba en el puesto,
para embarcarse á Modon,
quando mil hombres corriendo
que se detenga le dicen,
porque es Alexandro muerto.
Leo. Qué Alexandro?
Per. Qué Alexandro?
el Príncipe.
Leo. Santo Cielo!
y quién le mató?
Per. Un Leon.
Leo. Es tiempo de burlas, necio,
este en que me ves agora?
Per. No lo crees? *Leo.* No lo creo,
que no era posible entrar
un Leon en su aposento,
aunque llovieran Leones.
Per. Pintado estaba en un lienzo
á los pies de su retrato,
dióle un golpe tan soberbio,
que en unas dagas que habia
detrás, qué estraño suceso!
se pasó la mano y brazo,
y sin humano remedio,
sin poderle restañar
la sangre, dicen que ha muerto.
Leo. Si no te burlas, es cosa
la mas rara, es el mas nuevo
caso que se oyó en el mundo.
Per. Las desdichas suelen luego
hallar crédito, las dichas
tienen dudoso á su dueño;
pero porque sin pension
nunca las dichas viniéron,
quando trataba Alexandro
con Casandra el casamiento,
como no era de su gusto,
dicen que con Cintia, huyendo,
salió del fuerte esta noche,
cosa que en cuidado ha puesto
al Rey, y á toda la Corte.
Leo. Dame, Perol, dame presto
mi gaban de labrador,
que á ser lo que soy me vuelvo:
desnúdate de soldado.
Per. A qué efeto?
Leo. A que no quiero
que piense el Rey cierta cosa
que dirá el tiempo á su tiempo.
Per. Vístete, que tú te entiendes.

Sale Severo.

Sev. Si no se ha embarcado, pienso
que le hallaré en este monte.
Leo. Perol, no es este Severo?
dónde vas, Severo amigo?
alguna traicion sospecho. *ap.*
Sev. Oh gallardo mancebo! hoy es el día,
que se ha de ver tu corazon valiente;
la verdad alcanzó la astrología;
murió Alexandro miserablemente;
Casandra huyendo al mar, que pretendía
embarcarse á Modon secretamente,
de la gente del Rey que la buscaba,
fué presa, quando ya á la orilla estaba.
A la Corte la vuelven, donde quiere
casarse el Rey con ella en tales años,
si tu Casandra por aquí viniere,

ántes lleven bárbaros extraños,
á donde el sol entre los yelos muere,
pues que son contra tí tales engaños,
que la dexes al Rey, porque no es justo,
quitarte el Reyno, y con el Reyno el gusto.

Leo. Cómo casarse el Rey con prenda mia?
el Reyno déle el Rey, si darle puede,
puesto que ha sido bárbara porfia,
que un hijo natural se desherede;
pero quitarme á Laura? si él envia
exército, que al mar y arena excede,
le haré pedazos yo.

Sev. Detente un poco.

Leo. Si son ellos, aquí verás un loco.

Salen Casandra y los demas que la traen; Albano y Celio.

Cas. Exércitos para mí!
para mí soldados y armas!
qué debo al Rey? qué me quiere?

Cel. Señora, no seais ingrata,
que el Rey no quiere forzaros;
como sin hijos se halla,
y Reyna de Alexandría
ya por Alexandro os claman,
quiere que vos lo seais,
quedando con él casada,
y dar heredero al Reyno,
con hijos, como pensaba
con nietos, cosa tan justa,
que á sus Consejos agrada,
y con aplauso comun
su Reyna, y Señora os llaman.

Cas. Yo lo estimo, Caballeros,
pero tengo ciertas causas
que agradecerle me impiden
honras y mercedes tantas;
yo no he de pasar de aquí,
esta aldea es ya mi casa,
hasta que mi padre venga,
á quien he escrito una carta,
relacion de mis fortunas.

Cel. Advertid que ya os aguarda,
y a recibiros salía.

Cas. Yo no he de ir, de qué te cansas?

Leo. Ola, criados del Rey,
dexad á Laura, ó Casandra,
que tiene quien la defienda
en estas montañas Laura.

Cel. Este es aquel labrador, *ap. á Alb.*
que hirió en el fuerte las guardas.

Alb. El mismo; pero qué importa?
Casandra á la Corte vaya,
que villanos son villanos.

Leo. Ola, gente cortesana,
sois sordos? no me escuchais?

Cel. Qué quieres, que ansi nos llamas?

Leo. He de decirlo otra vez?
dexad á Laura, que es Laura
mi muger. *Cel.* Brava locura!

Leo. Tengo de sacar la espada?

Cel. Para morir, bien podrás.

Leo. Pues ya voy; fuera, canalla.

Per. Aquí está señor, Perol:
sacude, que son de paja.

Alb. Tantos á un hombre es vergüenza.

Leo. Dexad, infames, la Infanta.

Sale el Rey.

Rey. Estraña furia de loco!
detente.

Leo. No me obligarás
ménos que con lo que sabes,
que por quien eres, no basta.

Rey. Por qué matas á estos hombres?

Leo. Porque me llevan el alma,
y dicen que es para tí,
cuya condicion tirana
castigue el Cielo, á quien pido
de mis agravios venganza.
Tienes hijo como yo,
que puede honrar á su patria,
y buscas hijo imposible
á tu salud y á tus canas?

Rey. Sabes quién eres? *Leo.* Y sé
que le diste la palabra
á mi madre, con que soy
legítimo, que eso basta.

Rey. Severo?

Sev. Señor, yo he sido,
que no es bien, que en tu edad larga
comiences ahora á ser Rey.

Rey. Severo, en desdichas tantas,
quiero obedecer al Cielo,
porque las fuerzas humanas
en vano lo que ha de ser
con flacos miedos contrastan.
Alexandría, Leonardo

es mi hijo; yo pensaba
que era Leon, por el nombre
de la celeste amenaza,
y por eso le crié
labrador destas montañas,
para no enojar al Cielo,
si la vida le quitaba;
él es vuestro Rey.

Alb. Y el Reyno,
por Rey, y Señor, le aclama.

Leo. Casandra, yo soy el Rey.

Cas. Pésame, porque pensaba
obligarte labrador,
con ser de Atenas Infanta

Per. Impido este casamiento,
si con Cintia no me casan.

Leo. Nise, Albano ha de ser tuyo,
ireis á la Corte entrambas,
donde títulos y rentas
darán honra á vuestras casas.
Que lo que ha de ser, aquí
Senado ilustre, se acaba:
raro suceso, que escriben
las historias Africanas.

FIN.

AÑO DE 1804.

Se hallará en Madrid en las Librerías de Castillo, frente á las Gradas de San Felipe el Real; en la de Sancha, calle del Lobo, y en el Puesto de Sanchez, calle del Príncipe.

Donde ésta, se hallarán las siguientes; con una gran Coleccion de Comedias antiguas y modernas, Saynetes y Entremeses.

EN OCTAVO.

El Delincuente honrado, con lamina.
El Viejo y la Niña.
La comedia nueva, ó el Café.
El Baron.
Zenovia y Radamisto.
Blanca, ó los Venecianos.
Otélo, ó el Moro de Venecia.
Brahém Bén Hali, tragedia.
Amalia, ó la Ilustre Camarerita.
Sancho Garcia, Conde de Castilla.
El Contrato anulado.
El Delirio, ó las consecuencias del vicio.
El Viajante desconocido.
Abelino, ó el gran Bandido.
Elvina y Perci.
La Espigadera.
El Matrimonio casual.
La Misantropia.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Semiramis, de música.
Sigerico, Rey de los Godos.
Las Víctimas del Libertinage.
Una Travesura.
El Aguador de París.
La Lugareña orgullosa.
La Moza de Cántaro.
La Muerte de Abél.
El Duque de Pentiebre.
El Rábula.
La Reconciliacion, ó los dos Hermanos.
El Marinero, ó el Matrimonio repentino.
La Matilde.
La Muger firme.
La Raquel, con lamina.
Agamenon vengado.
La Sofonisba.
Hernan cortés.
Guzman el bueno.
La Andria.
El Calavera.
La Muger varonil.
Citas debaxo del Olmo.
El Abate Lepé.
Numancia destruida.
Doña Maria Pacheco.
El Pigmaleon.
Cecilia y Dorsan.
El Chismoso.

EN QUARTO.

El gusto del dia.
La Moza de Cantaro, *de Lope de Vega.*
Sancho Ortiz de las Roelas, *de Lope de Vega.*
El Molino, *de Lope de Vega.*
Servir á buenos, *de Lope de Vega.*
Las Doncellas de Simancas, *de Lope de Vega.*
Las Bizarrias de Belisa, *de Lope de Vega.*
La Dama Labradora.
El Negro y la Blanca.
El Emperador Alberto primero.
El Confidente casual.
La Buscona, *de Lope de Vega.*
El Vinatero de Madrid.
El Viejo y la Niña.
El Café, ó la comedia nueva.
La Cortesana en la Sierra.
La Bella Inglesa, Pamela, dos partes.
El Fenix de los criados.
La Inocencia triunfante.
Las Quatro naciones, ó Viuda sutil.
Defender al enemigo en la traicion, es lealtad.
El Arca de Noe.
Los Trabajos de Job.
La Florentina.

La Familia indigente.
La Esposa amable.
La Banda de Castilla.
Lo Cierto por lo dudoso, *de Lope de Vega.*
La Melindrosa, *de Lope de Vega.*
El Mas Justo Rey de Grecia.
Nobleza de un fiel amigo.
La Condesa Jenovitz.
El Trapero de Madrid.
Lidian amor y poder, hasta llegar á vencer.
Lo que ha de ser, *de Lope de Vega.*
El Error y el honor.
La Muerte de Hector.
Natalia y Carolina.
El Ayo de su hijo.
La Escuela de los zelosos, opera.
La Cifra, opera.
El Delincuente honrado.
La Vida es sueño.
El Maestro de Alexandro.
Tambien lidia una muger, con otra muger por zelos.
Otélo, ó el Moro de Venecia.
La Celmira.
El Máxico de Ervan.
El Calderero de San German.
La Jacoba.
El Máxico de Salerno, cinco partes.
El Mejor Alcalde el Rey, *de Lope de Vega*
El Alva y el Sol.
El Toledano Moysés.
Federico Segundo, tres partes.
El Premio de la humanidad.
La Mayor piedad de Leopoldo el grande.
Catalina Segunda.
Las Mocedades del Cid, dos partes.
Magdalena cautiva.
La Escuela de la amistad.
Al Deshonor heredado, vence el Honor adquirido.
Casa con dos puertas mala es de guardar.
Yo me entiendo, y Dios me entiende.
Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger.
Valor, lealtad y ventura, *de Lope de Vega.*
No hay en amor fineza mas constante.
Para vencer amor, querer vencerle.
Por su Rey y por su dama.
No hay con la patria venganza.
El Rico avariento.
La Banda y la Flor.
La Presumida, y la hermosa.
La Niña de plata, *de Lope de Vega.*
La Hermosa fea, *de Lope de Vega.*
La Esclava de su galan, *de Lope de Vega.*
La Dama duende.
El Socorro de los mantos.
El Picarillo en España.
El Parecido en la Corte.
El Médico de su honra.
El Esclavo en grillos de oro.
El Exemplo mayor de la desdicha, *de Lope de Vega.*
El Anillo de Giges, tres partes.
El Animal de Ungria, *de Lope de Vega.*
El Caballero.
Cada uno para sí.
Amar por señas.
La Esposa fiel.
A Secreto agravio, secreta venganza.
Donde hay agravios, no hay zelos.
Sanson.
Industrias contra finezas.
Pagarse en la misma flor.
La Librería.
El Pintor fingido.
El mas heroyco Español.
El hombre agradecido.
La Muger prudente.
Las Víctimas del amor, Ana y Sindam.
La mas ilustre fregona.
El felíz hallazgo.
El Convidado de piedra.
La Arcadia en Belen.
Acaso, astucia y valor.
El Bastardo de Suecia.
En vano es querer venganzas.
El Hidalgo tramposo.
Al Amor de madre, no hay afecto que le iguale.
Dido abandonada.
La esclava del Negro Ponto.
La Hipermenestra.